



Autorretrato del escritor (témpera sobre papel negro, 1958)

H. ORTEGA-PARADA

TENTACIÓN DE RECORDAR

ESCRITORES DEL SIGLO XX



Ediciones
Universitarias
de Valparaíso

PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE VALPARAÍSO

Textos originales del autor; como asimismo le pertenecen fotografías y dibujos firmados por él.

Las reproducciones de portadas, retratos y documentos referidos a la Revista Literaria "Huelén" (1980-1984) también son de dominio de Hernán Ortega Parada en su calidad de Director Propietario de dicha publicación.

La ilustración de la portada es una fotografía creada por el autor del libro; asimismo, la imagen de la contraportada es creación suya.

© HERNÁN ORTEGA PARADA 2015
TENTACIÓN DE RECORDAR
Escritores del siglo XX

Reg. Propiedad Intelectual N° 256.377
ISBN 978-956-17-0640-8

Derechos Reservados

Tirada: 500 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
Fono (32) 2273087 - Fax (32) 2273429
E.mail: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Dirección de Arte: Guido Olivares S.
Diseño: Mauricio Guerra P. / Alejandra Larraín R.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Imprenta Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

*“La actividad de los hombres superiores
conservará siempre un misterioso prestigio,
un elemento secreto,
cuya clave se buscará de preferencia
en el detalle de su existencia”.*

HENRY FOCILLON
("Vida de las formas")

ÍNDICE

UNAS CUANTAS PALABRAS	9
ALONE , UNA SOMBRA QUIETA	14
MARTÍN CERDA . LA VIDA QUEBRADA	42
HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA , AVENTURERO DE SABA	80
ENRIQUE LAFOURCADE . ADIÓS AL MAESTRO	112
EDUARDO MOLINA VENTURA , EL PRÍNCIPE DE NATANIEL	138
FRANCISCA OSSANDÓN , EN SU TIEMPO DE ESTAR	162
NICANOR PARRA , SERMONES Y PRÉDICAS	182
ALBERTO ROMERO Y UNA EMOCIÓN	208
BENJAMÍN SUBERCASEAUX , TIEMPO PROPIO	232
LAUTARO YANKAS , NOVELISTA DE LA ETNIA MAPUCHE	248
MARÍA FLORA YÁÑEZ , JUAN EMAR Y OTRAS COSAS	262
FICHAS BIO-BIBLIOGRÁFICAS	289

UNAS CUANTAS PALABRAS

“En biografía, los seres sólo viven en la medida en que los otros los han visto y han tomado nota de sus acciones”

(A. MAUROIS)

André Maurois nos habla de un fundamento esencial de la biografía; la biografía es un género literario. Es probable que se pueda concluir a satisfacción una biografía científica. Lo real es que esta última no se ha dado a conocer, o, al menos, yo no la conozco ni tengo referencias de ello; ni le tengo afecto si existiera porque estamos en otro territorio. La diferencia está otorgada por la prosapia de cada una de esas especies: lo científico es información con estructura, observada, experimentada, empírica en muchos casos. La biografía literaria es una reconstrucción de experiencias o hechos vividos por una segunda persona, desde los archivos secretos de la memoria del escriba; archivos parecidos a los hoyos negros del Universo donde no toda la información desaparece tal como lo señalan las leyes cuánticas elevadas a esa otra magnitud. El carácter de la literatura es especulativo, aun a través de lo informativo, porque no tiene la misión de reproducir vidas –en este caso– tal como transcurrieron en una realidad a veces lejana. El arte (la literatura pertenece a este reino) es la oportunidad desatada para exacerbar la imaginación; mejor: libera la imaginación creadora en virtud de sentimientos profundos. Por supuesto que nada se crea desde la nada; y por eso devienen cambios en cada género artístico, y por eso cada autor es un géiser individual. La biografía literaria, en fin, tiene sus propias leyes y muy ceñidas –por ahora–, como así también posee sus reglas el llamado **género memorialista**. Esta última opción es la que

nos ha elegido para elaborar semblanzas que, aunque parciales, intentan traer a la actualidad informaciones sobre personajes claves de nuestra cultura de la segunda mitad del siglo XX; informaciones, por cierto, afectas a fenómenos de introyección que no vienen al caso exponer.

Se ha publicado mucho sobre –y desde– el género literario memorialista en Chile. Pero ese ejercicio de la memoria desapareció en gran parte durante los últimos dos decenios del siglo XX. Es que percibo en escritores anteriores, como contraste, un gran amor por las letras y por la vida cultural en el más profundo sentido: cuando hablaron de su experiencia han colgado en la pared de la historia un trozo de respiración que es, bien entendido, un eslabón en la cadena del tiempo y de nuestra cultura. Con este aserto, establecería diferencias a discutir con las generaciones que publican, en especial, a partir de 1990; reconociendo *a priori* que hemos arribado al siglo XXI con camisetas que dicen con ufanía “nos devoró la globalización”. Sí, y agrego como una de las causas de este puente roto, el cambio mercantil de la información. ¿Qué hay ahora sobre los veladores de aquellos que leían? ¿Una tablet? Quizás son cambios perceptibles de los nuevos tiempos. Yo deseo hablar de algunos últimos maestros y maestras constructores de templos y pirámides, sobrevivientes de un período inimitable de la lectura, el libro y la crítica.

Memorialistas rescatables de último cuño son Alfonso Calderón y Volodia Teitelboim, a través de algunos escritos que, en su esencia, no fueron complacientes: tuvieron mucho qué decir porque fueron simultáneamente actores de esa Edad Dorada que cruzó gran parte el cielo de dicho siglo. Por supuesto, repito, no estoy hablando de autobiografías, sino de recuentos memorialistas, escritos que intentan recoger a su vez el contacto humano, ese fenómeno poético de intensos poderes. En contraposición, se sabe tan poco de la vida y del espíritu de muchos otros congéneres que construyeron una singular “dichosa edad y siglo dichoso” –discurso de Don Quijote–; a veces palimpsestos alterados por las caídas trágicas de nuestra historia.

El aparente esplendor de la era actual oculta una sombría espiritualidad, una terrible negación de la imaginación creadora y del talento, que no permea sólo las conductas de quienes aman el arte sino la bases mismas de la sociedad. Como dice Emil Cioran: *“La sociedad no es una enfermedad, sino un desastre. Es un milagro estúpido que consiga-*

mos vivir en ella". Y no es un síndrome de fatalismo sino que, desde que se pronunció esta frase, las guerras han sido reemplazadas por sucesivas y eficaces demoliciones y ocultamiento de la Tabla de Ley. Entonces, ¿qué se puede hacer? Acoger el magnífico llamado de los libros antiguos, que todavía se ofrecen como padres silenciosos, porque –si amplió el concepto al nuevo siglo– las letras también son madres. ¿Los huérfanos, desvalidos de humanidad, son los que no leen?

Muchas veces este juego de recordar involucra una esperanzadora búsqueda de una interlocución, de revivir una metafísica; de extraer de los rasgos ocultos que personalizan a ciertos individuos una filosofía alentadora; todo lo cual conduce al solidario encuentro con un fantasma que puede denominarse poética de la fantasía nocturna; es decir, cuando el sol de la razón no interviene, cuando el alma libera "el poder de los dioses", según Horacio. Porque lo que nos aleja de las especies inferiores es la capacidad de imaginar y de soñar. La parte mágica la han puesto sobre la historia las personas que se han entregado a la interrogación del destino. René Huyghe acierta al definir una fenomenología del alma. En ese juego inquisitorio suele desaparecer el cuerpo visible o suele agitarse la idea, el producto de un ensueño –generalmente social porque ahí, en tal cosa se decide la vida, nuestra vida–.

Ahora, si bien se aprecia, en el conjunto de seres que inundan estas páginas, la existencia de una variedad de caracteres psicológicos, ello potencia nuestra demanda de autocrítica; ello permite meditar sobre la enorme responsabilidad (creativa) de quienes pintan o escriben sobre el género humano. En toda representación hay un proceso interior, de búsqueda, de encuentro con un rastro, de ofrecimiento de una nueva metáfora. Yo no he pretendido elaborar reseñas esquemáticas, vacías; en ningún caso. Creo haber aprendido de ellos (nunca lo suficiente) y quiero ofrecer la posibilidad de conocerlos humanamente porque ya no están. Es la eterna espiral de la vida.

Una memoria literaria puede abarcar un período completo de vivencias, donde circulen *el alma y las formas*¹ de escritores notables y de otros no tanto. Sin embargo, el riesgo es entrar en el caos y la despersonalización, magma donde, por razones obvias, el ser humano y la índole de una sociedad arriesgan quedar fuera de escenario. La obra

¹ Martín Cerda

suele ocultar al autor a pesar de que el autor **es** la obra; como asimismo el autor, por defecto o estrategia, no siempre muestra la relación íntima del múltiple factor sociedad-autor-obra. Pese a esta reserva, las semblanzas que ofrezco se introducen apasionadamente en la **forma de ser de individuos cultos y pensantes que participaron en la gestión moral desde el corazón de una sociedad, de una época nacional;** época que, como es obvio, forma parte de nuestra evolución cultural.

Una vida en el ambiente de las letras –“*que veinte años no es nada*”, dicen Gardel y Le Pera–, permite necesariamente muchos contactos y muchos alejamientos. “*Lo que importa no es el carruaje sino sus huellas descubiertas por azar en el barro*”, escribió el perspicaz Jorge Teillier. Y es verdad: las huellas marcan el peso y el trayecto del carruaje; y, como “subtexto”, la oposición que le hacen el tiempo y la materia. Al final de un trayecto como observador –o muy cercano a él–, se descubre una cantidad indefinida de recuerdos, papeles, fotos, recortes de diarios, fichas, cartas y libros –muchos libros–, que han resbalado al camino. Y se piensa en algunas de estas cosas que, si no se entregan a la memoria de otros, serán átomos diseminados en el polvo. “*La ciudad moderna no produce, consume*”, advierte Ortega y Gasset. Para el Borges ciego de los ojos pero de sensibilidad vidente, el polvo acumulado en el fondo del anaquel “*es una parte íntima de la trama que llamamos la historia universal o el proceso cósmico*” (“1982”). Todo escritor arriesga una doble muerte la biológica y el olvido. Y todo aquello en el marco de la búsqueda arquetípica de la inmortalidad. Cuando se han conocido personajes relevantes para la cultura de un país –en este caso el nuestro–, entonces bullen la inquietud y la perturbación del ánimo para tratar de disolver una torturante angustia de la conciencia. Es el combate entre la tentación de no hacer nada y su opuesto.

Bueno, no se me puede acusar de no haber hecho nada pues están las bellas y copiosas ediciones de memorias e investigaciones en torno a escritores como Enrique Gómez-Correa, Jorge Teillier y Ludwig Zeller; así como la última y larga relación sobre Raúl Zurita (todos esos nombres junto al epígrafe “Arquitectura del Escritor”). Publicar es un milagro. Pero esos autores se merecían, y se merecen, un cartapacio con amplias referencias, casi totalizadoras.

Los once episodios que vienen a continuación intentan, en algunos casos, censurar el olvido y, en otros, aportar al conocimiento –de nuevas generaciones– rasgos de

escritores prístinos que no encontrarán en documentos habituales. Tras ellos hay un vaivén de emociones. Aún debajo de la alfombra. Son las riquezas espirituales obtenidas en el trato personal con cada uno de ellos. Son actas testimoniales, en muchos casos fragmentarias, pero no desechables, sobre hombres y mujeres que **pensaron y amaron** el país natal y su gente. Es, sin ambicionarlo en conjunto, una pintura de época que transcurre en más de veinte años plenamente vividos, según el maestro Martín Cerda, en el baile de máscaras. En ningún caso, dicho está, son biografías; el género biográfico es cosa distinta. El único que está despierto y coleando es el gran Nicanor Parra y su inclusión es un homenaje espontáneo, personal. También está vivo Enrique Lafourcade, pero todos sabemos que tiene la mente dormida. El valor fundamental de esta papelería es que recoge la intimidad, las dichas y desventuras de gente instruida que generó vínculos entre el ser y la comunidad, justo en épocas de azarosos movimientos políticos y transformaciones sociales. El producto de la evocación, asignado como el valor de un mínimo común múltiplo, proviene del hecho absoluto de haberme asomado a sus vidas.

La iconografía inédita que se acompaña es de importancia para la historia íntima de la literatura chilena y, en algún momento cercano, esos documentos –y muchos otros originales que no se acompañan para no extender esta obra– se ofrecerán al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.

De nada más se trata.

H. Ortega-Parada

Refugio Huelén, otoño 2015.